

nuevas de ese que adoráis sin conocerlo..." (*Hechos de los apóstoles*, xvii, 22.)

Pocas veces, señores, la palabra humana ha llegado a más sublime altura que en ese discurso de Pablo ante los areopagitas y el pueblo de Atenas. El escenario es toda Grecia, que ve en Atenas la corona de la sabiduría. Los oyentes son los hijos mimados de la civilización antigua. La cátedra, el tribunal más respetado de la clásica antigüedad.

Ha terminado en Grecia el reinado de los falsos dioses, que si pueden halagar a los poetas no pueden hacer felices a los pueblos. Va a romperse la nube que ha ocultado por tantos siglos el sol de la verdad. Jamás se ha leído en Atenas mensaje más trascendental que el que está transmitiendo ese hombre de pequeña estatura y mirada de fuego. Europa entera debió de sentir en ese instante un estremecimiento. Había llegado la hora final del paganismo. Cristo, hijo de Dios, por boca de Pablo de Tarso, anunciaba desde Grecia que venía a tomar posesión de los pueblos de occidente y a mostrarles el sendero de la verdadera civilización.

No fue el latín, fue el griego el vaso en que se vertió para ser derramada por Europa la buena nueva, la palabra divina. En griego está escrito el nuevo testamento. Vedlo, sin entrar en más detalles, en estas pocas palabras que forman la constelación más brillante en nuestro cielo castellano:

Cristo y cristiano; Iglesia, evangelio, católico; bautismo, eucaristía; apóstol, anacoreta, mártir; ángel, misterio, paraíso.

Y así han quedado resonando a través de los siglos en todos los pueblos cristianos, esas palabras de redención y de esperanza, ese mensaje de vida y libertad, esa revelación de la verdad y de la moral de Cristo, que hizo de Europa la maestra de todos los pueblos, el brillante faro de la humanidad, la fecunda madre de la civilización moderna.

RESPUESTA A FELIX RESTREPO

Por JOSÉ JOAQUÍN CASAS

Señores académicos:

Regentaba vuestro servidor el Colegio Nacional de San Luis de Zipaquirá por los años de 1896 a 99, cuando por medio de recado le preguntó un día don Marco Fidel Suárez si recibiría entre sus alumnos a un niño recién huérfano de padres ilustres, que, pasados apenas los años de la crianza y sobresaliente en la escuela elemental por su precoz talento y bello carácter, debía comenzar ya con varonil formalidad sus estudios preparatorios del bachillerato. El rector aquel, obligado por gratitud de discípulo para con el venerable padre del niño, contestó sin tardanza afirmativamente y de muy buen grado,

aunque no sin algo de inquietud reverencial, *puero reverentia*, inquietud parecida a la de quien toma bajo su guarda y responsabilidad, para pulirla y engastarla, una regia esmeralda expuesta a todas las codicias. No llegó el doncelillo a matricularse, porque Dios le llamaba desde temprano por otro más alto y seguro camino, el de los novicios de la ínclita milicia de santos y de sabios cuya arte y empeño consiste en enseñar al hombre a “vencer a sí mismo, y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea”. Llenárase con el nombre ya registrado esa casilla del zipaquireño libro de matrículas, y esta sería la hora en que, ufano con mi paternidad espiritual, ante el resplandeciente discurso a que acabamos de asistir, y saliéndome talvez de los términos del pedagogo, vecinos de los del pedante, palabras las dos de una misma raíz griega, estaría yo diciéndolos las del viejo romance:

Si no vencí reyes moros
engendré quien los venciera.

Pero ya que así no puede ser, ya que no me cupo la honra de contar entre mis alumnos al niño admirable recomendado por Suárez, logro sí la muy señalada y para mi corazón gratísima de apadrinar hoy al reverendo padre Félix Restrepo, de la Compañía de Jesús, hijo de mi venerado profesor de ciencias jurídicas doctor Juan Pablo Restrepo, y muy digno sucesor en la plaza académica de aquel su ilustre recomendante, el crítico y par de Bello, el gran estadista filósofo y filólogo, el estupendo prosador que en las ánforas del risueño dialoguista de Samosata vertió sobre Colombia los raudales de la sabiduría cristiana.

El nuevo colega, hermano por familia religiosa y todavía joven, de nuestro inolvidable padre Teódulo Vargas, poeta del *Crucifijo* y primer jesuita miembro de la Academia Colombiana, trae a ella, junto con una personería gloriosa, un exquisito aporte de merecimientos de su propia cosecha. Representa en este senado del idioma a “aquellos benditos padres” de cuyas virtudes y doctrina se acordaba Cervantes con cariño de buen discípulo en el coloquio entre Cipión y Berganza; representa a Ribadeneira, Nieremberg y Mariana; al asceta del incomparable *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*; a Gracián, el orignilísimo pensador y estilista del *Criticón*; a los misioneros hermanos de Gumilla y Dadey que, a par de los de otras beneméritas familias religiosas, describieron las costumbres y catalogaron los dialectos de nuestros aborígenes; a los Fernández, Zennarruzas, Giles y Cotanillas, que educaron en las más puras disciplinas clásicas a los fundadores de nuestro instituto, Vergara y Caro; a los maestros de Herrera Restrepo y González Manrique, Belisario Peña y José Joaquín Borda, Carlos Holguín y Diego Fallon, Liborio Zerda y Ángel Cuervo y tantos otros eximios compatriotas. Me parece como que por la voz del padre Restrepo hablan dentro de la Academia Colombiana, con resonancia para toda la América española, el egregio comentador de Virgilio, padre Luis de la Zerda; Hervás y Panduro, el autor del *Catálogo de las lenguas*, a quien Max

Müller colmó de elogios llamándole con harta razón “padre de la filología comparada”; Aponte y Pou, consumados helenistas, intérpretes el uno de Homero y de Heródoto el otro; el donosísimo narrador del *Día grande de Navarra*, que devolvió a su solar de habla española al andariego Gil Blas de Santillana, y retrató en el predicador de Campazas a uno de los genuinos antecesores de cierto vanguardismo seudo-poético de nuestro siglo; Landíbar, el cantor de la *Rusticatio mexicana*, precursor del de la *Agricultura de la zona tórrida*; Coloma, el que con la pluma de Fernán Caballero pintó los cuadros de *La Gorriona* y *Pilatillo* y resucitó a Jeromín; Astrain, el historiador de la Compañía, modelo de serenidad de juicio y de estilo; Alarcón, chispeante crítico social y poeta de hondo sentimiento; Mario Valenzuela, teólogo, matemático, jurista y delicado poeta; Ruano, el colombianísimo salmantino, benemérito preceptor literario de la juventud hispanoamericana, y todos esos humanistas de la orden ilustre a quien por la obra iniciada en las viejas aulas bartolinas y proseguida en diversas épocas de nuestra vida republicana, debe Colombia su mayor y gloriosa parte en la común herencia grecolatina, y con ella y por virtud suya, ese su característico sello de cultura intelectual, de casticismo de raza, de gentileza civil y literaria que da muestras de sí a todas horas y en todas las situaciones, aun entre los horrores de la guerra, y que no han acabado de borrar todavía las avenidas de agua fuerte del invasor mercantilismo. No resisto al deseo de añadir a esos nombres los de algunos españoles filólogos que hoy en día mantienen la noble tradición de la tierra en que se escribieron las *Etimologías* y se imprimió con asombro del mundo erudito la Biblia complutense: los padres Llobera y Cayuela, Eguía y Gómez Bravo; y los de cuatro jesuitas colombianos que,

Pasada ya la aurora
pero no la mañana,

en nuestros días mismos enriquecen la literatura patria con libros capaces de honrarla ante el mundo: el padre Uldarico Urrutia, que como si en la ribera del Tormes hubiera asistido al divino coloquio de fray Luis con sus amigos sobre *Los nombres de Cristo*, canta en deliciosa plática *Los nombres de María*; el padre José Vargas Tamayo, traductor digno de serlo de las *Horacianas* y *Visiones de Palestina* del inspirado lírico mallorquín Costa y Llobera; el padre Eduardo Ospina, autor del magistral *Estudio de los caracteres del romanticismo en la poesía europea y en la colombiana*, uno de los más originales y profundos trabajos que sobre doctrina literaria se han publicado en nuestra lengua en lo que va de siglo; y el padre José Andrade, erudito confidente de Cicerón y de Virgilio.

Para llevar con todo el honor debido tamaña representación, se necesitaban ciertamente provisiones y alientos como los que acumula en su persona el doctísimo profesor de ciencias pedagógicas, doctor en filosofía de la Universidad de Munich, laureado por ella, y autor, entre otros libros, de la *Llave del griego*, *El alma de las palabras o diseño de semántica*, y *El castellano en los clásicos*; libros con

que se prolonga irradiando gloria sobre la patria de Caldas la cadena de oro cuyos primeros eslabones son las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y el *Tratado del participio*. Digamos ya que con obras tales, con el *Virgilio en versos castellanos*, el *Diccionario de construcción y régimen*, los *Sueños de Luciano Pulgar* y los versos de Pombo, y con haber apacentado su espíritu durante cuarenta años ante las cátedras de Cortés Lee y Carrasquilla, puede la capital de Colombia, aun no teniendo la Acrópolis en Monserrate o Guadalupe, y como bien lo observó Despagnat, estar segura de no haber desmerecido el nombre de Atenas con que la honró hace más de un siglo el famoso viajero de las regiones equinociales y escritor del *Cosmos*.

Si hay entre vosotros quien no conozca alguno de los mentados libros del padre Restrepo, yo le encargo y ruego con ánimo obsequioso que sin pérdida de tiempo lo estudie para su provecho y solaz, y se vuelva propagandista de todos ellos hasta lograr, como hemos de procurarlo con patriótico empeño, que, si no populares, lo que talvez sería mucho pedir, se hagan al menos de uso común dentro de la sociedad letrada y en las clases de nuestras escuelas normales e institutos de segunda enseñanza.

La materia con que se forjó la *Llave del griego* es el texto de la *Antología mikra*, de Maunoury, en la que por medio de pequeños fragmentos de prosa y verso pertenecientes a las diversas épocas de aquella literatura sin rival, seleccionados y entretajidos con primorosa gracia, se enseñan en el espacio de treinta y dos breves páginas, sin notable esfuerzo, con interés creciente y como sin dejarlo sentir, todas las principales raíces, "las principales cabezas a que el diccionario de los clásicos puede reducirse", y al propio tiempo se va formando el gusto y sentido de la que al decir de los entendidos, y sobre todos ellos el gran poeta Andrés Chénier, reina por su abundancia, flexibilidad y armonía sobre todas las lenguas. Pero esa rica materia se acendra y transfigura al calor de la fragua jesuítica. El libro del padre Restrepo, aprovechando los últimos adelantamientos de la lingüística, rectifica los errores y llena los vacíos que, en el estado de esa ciencia hace sesenta años, había de tener forzosamente el por otra parte muy estimable del benemérito profesor francés. Es la *Llave del griego* la primera obra castellana en que para facilitar los significados griegos se indica su derivación y orden semántico, y con mucha frecuencia se añaden al lado de las nuéstras las etimologías griegas correspondientes del catalán, portugués, italiano, provenzal y francés, aquilatadas con el rigor de la lingüística moderna. Así, pues, este libro de nuestro compatriota, que en la versión y comentario del texto griego precisa con todo esmero los significados, corrigiendo a veces a insígnies lexicógrafos, y escoge los términos más castizos suministrando además sinónimos castellanos, viene a remediar en mucho (¡duro de decirse para la gloriosa patria del Broncense y de Arias Montano!) la absoluta carencia de diccionarios griegos españoles, fija las delicadas leyes de las alternancias, adiestra en los principios de la etimología y derivación, inicia en el trato y manejo del verbo, ese hilo sutil y ondulante, ese mágico prodigioso del alma y de la voz,

esa ágil anguila o camaleón centelleante del verbo griego, que la ciencia lingüística ha bregado tanto por aprisionar entre sus mallas; ejercita en el uso de las partículas, y con todo ello nos lleva por la mano a penetrar los secretos de la sintaxis. Salgo fiador de que con esta llave de oro, usada con cuidado durante un par de años, y según lo anuncia la primera lectura de la antología, pueden los jóvenes y hasta los que no lo sean tanto, "abrir fácilmente las bibliotecas todas de la Grecia para deleitarse en sus tesoros".

¿Pues qué decir de la *Semántica*? Comprimido de sabiduría este libro de pequeño volumen como el de los *Ejercicios espirituales*, que encierra como él, guardadas las proporciones debidas, materia para meditaciones de muchos años, estudia con sagacidad maravillosa, ayudada de actual rica erudición y con arte de amenidad exquisita, *el alma de las palabras*, su evolución y metamorfosis, y expone con sutil análisis las causas objetivas y psicológicas de tales mudanzas; y lo hace de suerte que bajo la guía de este maestro va uno sacando con asombro y creciente interés las consecuencias que para el orden literario, rayano con el moral y social, se derivan de los principios de la lingüística y la filología. Gran novedad es para nuestra lengua y para todas este libro, por su traza general e intento sistemático; sería casi un atrevimiento para quien no tuviera las alas de este cóndor de las montañas de Antioquia, avezado a las alturas por el águila del Izarráiz de Guipúzcoa. Oídle en varias partes tomadas al azar.

Materia de la semántica: "Así como el hombre se compone de cuerpo y espíritu, así también la palabra tiene una parte corporal y sensible, y otra parte espiritual que constituye su alma. Los sonidos articulados forman el cuerpo; las ideas a ellos vinculadas, el alma de las palabras. La ciencia, pues, que siguiendo métodos recientes se dedica al estudio de las lenguas, se encuentra naturalmente dividida en dos grandes ramas: la primera considera la evolución de la parte sensible del lenguaje, y comprende la fonética, la morfología y la sintaxis. La segunda, llamada semántica, estudia las evoluciones y cambios que por detrás del velo sutil de los sonidos experimentan sus significaciones."

La vida de las lenguas: "Una lengua no debe estudiarse como una obra humana acabada y definitiva, sino como un delicado artificio psicológico y social, sujeto a continuos cambios, porque los individuos que lo usan trabajan inconscientemente en perfeccionarlo por un lado, y en desgastarlo y alterarlo por otro. Cuando el elemento perfeccionador predomina, y ya la lengua ha llegado a una perfección relativa, puede suceder que una catástrofe del pueblo que la habla la destruya por completo, o al menos puede acontecer que el exterminio de las clases cultas haga retroceder la lengua a un estado primitivo de rudeza, como acaeció con el latín."

Causas del movimiento semántico: "Siendo las palabras representación de las cosas y expresión de las ideas y sentimientos, si estos tres factores fueran invariables, y estuvieran perfectamente reflejados en el sistema de palabras de una lengua, no habría razón, al menos objetiva, para que este sistema de palabras se alterara. Pero siendo

variables las cosas, estando sujetos a multitud de modificaciones los conceptos y los sentimientos, y no teniendo ninguno de estos factores expresión adecuada y perfecta en lengua alguna, las palabras tienen que seguir, por una parte, el movimiento de estos tres elementos, y por otra, tender a expresarlos siempre con mayor exactitud. Tenemos, pues, tres causas que hacen necesario el movimiento semántico: variaciones de las cosas, modificaciones de los conceptos e intervención de los sentimientos; a las cuales se añade otra, a saber, que algunas palabras, por diversas causas, se desvían de su significación, dejando un vacío que debe llenarse de algún modo."

Americanismo en el lenguaje: "El descubrimiento de América abrió a la civilización cristiana nuevos horizontes, y puso al servicio del hombre multitud de tesoros hasta entonces ocultos; y es un error creer que el castellano no puede enriquecerse también con palabras originarias del nuevo continente, cuando todas las lenguas europeas tienen más o menos términos de origen americano."

La sociedad y el habla; colaboración social: "Es el lenguaje fiel depositario de la historia de los pueblos; él dice a quien sabe consultarle en qué cosas ha estado ocupada la actividad y la atención de los antepasados. El nos revela las pacíficas aficiones agrícolas de un pueblo, las aventureras empresas marítimas de otro, las muelles diversiones de éste, las vigorosas ocupaciones de aquél. Así como por el bien o el mal hablar clasificamos la educación de los que nos rodean, así la lengua de un pueblo es el mejor criterio para conocer la nobleza de su origen, la grandeza de su historia y el grado de cultura a que ha sabido levantarse... Como no pueden los sabios prescindir del pueblo ni éste de aquéllos, así no puede existir el lenguaje popular sin el erudito, que le suministra modo de subir al conocimiento de verdades superiores, ni el lenguaje erudito prescindir del popular adonde tiene que acudir de continuo para refrescarse, remozarse, vigorizarse y enriquecer su caudal... El erudito se deja inficionar de ásperas voces extranjeras; el popular, de groseros términos de ínfima plebe; el erudito perturba las leyes fonéticas; el popular confunde y desfigura las palabras; el erudito puede aprender en el popular cuál es el carácter de la lengua, para amoldar en él sus innovaciones; el popular, en cambio, debe aprender del erudito la propia significación de las palabras y las leyes que ha encontrado la gramática. Uno y otro deben moderarse mutuamente, hasta que todo el hablar de los eruditos sea de molde y traza castellana, y el hablar del pueblo sea de formas cultas que no estén reñidas con el necesario trabajo para ganar el pan de cada día."

Para explicarnos cómo el sentimiento y la exageración de sus manifestaciones influyen bien o mal en el lenguaje, cita un pasaje en que el padre Coloma pinta a cierta falsa y relamida doña Tula cuyo "tierno corazón había inventado dulces elipsis, cariñosas síncopas, con que trastornaba por completo los nombres de pila de toda su familia, llamando a don Benito *Beni*, a Lolita *Li*, a Lorenzo *Renzo*; y cuando Sancho Ortiz entró en la familia, y los enmelados pliegues de su

amor de suegra llegaron a cobijarle, sus cariñosos labios fueron saltando, con la habilidad de un filólogo que indaga las raíces de un verbo griego, de Sancho a *Sanchito*, de Sanchito a *Sanchín* y de Sanchín a un dulcísimo *Chicho*"; y añade: "El pudor, virtud de las almas delicadas, ejerce un gran influjo sobre las palabras, expresando en recatadas expresiones lo que no se atreve a nombrar, creando eufemismos y haciendo que caigan en desuso ciertos vocablos indecorosos... Como cada virtud tiene un vicio que la falsifica, so capa de pudor dejan ver muchos su malicia, evitando usar ciertas palabras que se les antojan obscenas o indecorosas. Los jóvenes suelen ser propensos a expresar cosas inconvenientes con palabras ordinarias, y después no se atreven a usarlas en el lenguaje corriente. ¿Quién no ve los daños de este ruin sentimiento, que ve malicia donde no la hay, y mutila el lenguaje, condenando a la oscuridad los términos inocentes y propios, y aun a veces las palabras más santas de la lengua?"

La sicología y el estilo: "Es de saber que la representación o imagen que a cada palabra corresponde está en nosotros en estado potencial, y para despertarla y actuarla se necesita un gasto, mayor o menor, de energía anímica. La ley del menor esfuerzo hace que de ordinario se evite el gasto, y la imagen no salga de su estado potencial... Siendo la imagen real en muchos casos tan complicada, no es maravilla que el ánimo se ahorre el trabajo de despertarla; pero lo mismo sucede aun con las imágenes más sencillas. Leed una columna de un diario; pensad después qué *imágenes* han pasado por vuestra imaginación, y os sorprenderéis de ver que son poquísimas. Os habéis *dado cuenta* de aquello de que se trata, pero la imaginación no se ha movido. Uno de los méritos de los poetas y de los grandes estilistas está en describir los sucesos tan al vivo, que obligan a la imaginación de los lectores a poner en juego sus imágenes."

Veis, señores, por cuántos amenos parajes nos lleva el padre Restrepo haciéndonos contemplar a través del antejo de la semántica los más variados panoramas de sicología, de moral, de gramática, de historia, de pedagogía, de estética, y, por supuesto, de la llamada con híbrida y fea palabra, sociología. La ciencia del lenguaje, decía con su genial agudeza nuestro gran pensador, mi inolvidable maestro Diego Fallon, es un río caudaloso sobre el cual cada ciencia tiene su puerto. Y ponderando el vivísimo interés con que los estudios lingüísticos ceban y embargan a sus cultivadores profesionales, como el ejercicio de la caza a los cazadores, y exaltando su influjo moral, me dijo una vez, en alabanza de su admirado amigo: "A esos estudios debe mi tocayito Diego Guzmán la perenne lozanía de su juventud y el haber conservado íntegra la inocencia bautismal." Noble y fecunda ciencia en verdad, aunque desdeñada por la vulgaridad mercantilista, la que analiza y reduce a método el lenguaje, este milagro constante de la naturaleza, este eco del verbo creador, prodigio cuyo uso mismo nos desacostumbra a mirarlo como tal, barrera insalvable entre el hombre y el bruto, según expresión de Max Müller; el lenguaje,

Música, verbo, pensamiento alado,

permanente revelador sensible del orden espiritual, que por medio de un leve aliento modulado por la boca, hace vibrar la humanidad, agita, enciende, transforma los pueblos, como fiel heraldo de aquel que

Forja en su ardiente seno
las glorias y catástrofes del mundo.

“Problemas hay, escribió aquel insigne profesor de Oxford, que aunque abstractos y puramente especulativos al parecer, han ejercido grande influjo, en bien o en mal, sobre la historia de la especie humana. Antes de nosotros los hombres han combatido ya por una idea y han dado su vida por una palabra; y muchos de esos problemas que han agitado al mundo desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, pertenecen propiamente a la ciencia del lenguaje.”

Cierto condiscípulo mío de la universidad, con más acomodada condición para rábula que para jurista, *cansado del estudio de los códigos, mas no del ejercicio codiguesco*, observando mi afición a la rebusca del vocabulario popular y a las anotaciones al margen del diccionario de la lengua, solía decirme con aire de lástima: *Se conoce que usted no tiene oficio*. Más honrado aunque menos lucrativo era el mío que el de mi condiscípulo; pero reconozco que comparten la opinión suya los tinterillos de todos los oficios y profesiones, entre los cuales han de contarse los detractores del que llaman *academismo* y de la metafísica, y ciertos hombres de negocios, ciertos *hombres prácticos*, especialistas del cálculo, sin otro ideal que el *do ut des*, aficionados talvez a la música, no por las razones de Platón sino por motivos de higiene, y capaces si se les apura de enamorarse en esperanto.

Pero no son esas las opiniones a que debemos atenernos en cuanto a la ciencia de Leibniz y de Cuervo. Si ésta fuera ociosa y baladí, lo serían por el mismo caso la historia y la antropología, como también la ciencia de las leyes, en que tan alto papel desempeña la hermenéutica, o sea, la interpretación de las palabras. Una coma no es más que una coma, pero de su colocación puede depender la suerte de muchas fortunas. Una expresión vaga o impropia puesta en un tratado, puede alterar la paz del mundo. La historia de las palabras es la de los pueblos a quienes han servido de instrumento. “El contemporáneo de Cicerón, escribió Fustel de Coulanges, se sirve de una lengua cuyos radicales son de antigüedad inmemorial; lengua que, expresando los pensamientos de viejas edades, se modeló sobre ellos y ha guardado su sello, que va transmitiendo de siglo en siglo. El sentido íntimo de un radical puede a veces revelar una antigua opinión o un antiguo uso; se han transformado las ideas y desvanecido los recuerdos, pero han quedado las palabras, fieles testigos de las creencias desaparecidas.”

Restauremos en nuestra nación el crédito de la noble ciencia de las palabras, tan íntimamente ligada con la de las ideas, procurando

que en serios estudios la juventud conozca a fondo y se habitúe a respetar esas trascendentales menudencias del lenguaje.

A tan patriótico intento educativo se dirigen todos los libros del nuevo académico, otro de los cuales, *El castellano en los clásicos*, realiza cumplidamente el ideal en la enseñanza de nuestro idioma por el único método natural, sencillo y efectivo que existe, es decir, el trato asiduo y familiar con los mejores hablantes, la observación sobre el uso, el ejercicio vivo del vocabulario, el aprendizaje práctico de los modismos y la adquisición por inducción de las reglas de la gramática; método que puede cifrarse así: la gramática en acción. ¿Cómo aprendimos en casa los rudimentos de la lengua materna? Hablando con nuestros familiares. Pues así y sólo así hemos de seguir aprendiéndola en la escuela, en el colegio, en la vida privada: por la conversación diaria con esa gloriosa familia dentro de la cual Rafael Pombo y Ricardo Carrasquilla son parientes de Cervantes y Lope de Vega. Este libro del padre Restrepo, de que si no estoy mal informado empiezan a hacerse algo más que imitaciones, indicio de su mérito, es como el huevo aquel de la leyenda colombina, y lleva en sí la señal que para conocer los buenos libros indicó Pascal: que después de hecho, a todos nos parece que pudiéramos hacer lo mismo. No es la menor de sus cualidades el acertado escogimiento, para devolverlas a la circulación escolar, de páginas muy oportunas y variadas de nuestra literatura patria poco conocidas o malamente olvidadas, con lo que el libro, esencialmente castellano, viene a ser un mentor del más acendrado colombianismo.

En ningún momento pierde de vista a su patria el maestro jesuita. Lo mismo que a las orillas del sabanero Funza, en la sabia capital de Baviera, o en Oña la adusta castellana, o en tierra de Holanda, Colombia, siempre la dulce Colombia se presenta a sus ojos como si reclamara sus filiales cuidados. Ahí está la patria. Sus problemas de educación le dan desvelos. El lenguaje de su pueblo suena a sus oídos como un arrullo. Sus escritores le halagan con gratas memorias. En el discurso con que esta tarde nos ha deleitado haciéndonos viajar por las islas y valles de la Grecia inmortal, risueña y luminosa, moldeadora del pensamiento, taller de la hermosura, patria del arte, cuyo idioma, labrado para los dioses fue el vaso en que se vertió el agua que salta hasta la vida eterna, mira siempre a Colombia, siempre a Colombia, y aquí al rincón de la Vasconia andina, a la recia montaña, al solar del maíz y los frisoles, encantado por el cocuyo y la batatilla; el solar de los patriarcas de mucho hacer y poco hablar, bondadosos y austeros, sabios y modestos, a estilo de Juan Pablo Restrepo. ¡Con qué cariño familiar se detiene a describirnos, así en el discurso como en el libro de la *Semántica*, el nombre de la nutritiva legumbre que se arrima y agarra al maíz para medrar con él y dar así su fruto como Dios manda! ¡Quién creería, si la fonética y la historia no lo dijeran, que son parientes el *bajel* y el *frisol*! ¡Y todo por la común maternidad de la isla griega *Faselis*, una de aquellas que soberbiamente cantó Byron:

¡The isles of Greece, the isles of Greece
 where burning Sappho loved and sung,
 where grew the arts of War and Peace,
 where Delos rose, and Phaebus sprung!

Las islas de la Grecia, las islas de la Grecia,
 las islas donde Safo la ardiente amó y cantó,
 do crecieron las artes de la paz y la guerra,
 donde floreció Delos, donde Febo nació.

Grandes comedores de frisoles e insignes fabricantes de navíos eran los faselesenses, que a la cuenta serían también atrevidos navegantes, pacientes exploradores y fuertes colonizadores, ni más ni menos que como lo son los antioqueños (salvo los navegantes, hasta que se construya la carretera del Atrato). El maíz y los frisoles dan vigor para conquistadores.

Allá sobre las márgenes del Isar o en la patria de Rembrandt, rastreando la etimología de la palabra *frisol*, el padre Restrepo se trasladaría con el pensamiento a estas sus laderas andinas, e imaginaría ver el plantío del maíz, y al mes de la siembra cubrirse los acanelados barbechos de verdes aironcillos que se sacuden y triscan como niños al aura nueva; e ir creciendo las cañas sonoras y empezar a henchirse a sus lados en esperanza las vírgenes mazorcas en ciérne con sus pálidos mechoncillos, e irse enredando a cada mata el *frisol* con sus mimosas espirales y arabescos; y llegar por fin todas las cañas, como ebrias y teñidas de vino tinto, a plena juventud, con mucho alarde y garrulería de cintas verdes, y al arrullo de éstas apiñarse a los lados de cada caña tres o cuatro pingües y esponjadas mazorcas en apetitosa granazón, con sus cabelleras de oro viejo y sus chales y gargantillas de frisoles entretrejidos, codicia todo ello de mirlas y bababuyes; y todo el maizal ufano y rozagante columpiar al aire de agosto su fleco purpúreo de rumorosas espigas, como cantando el himno de la armonía social y de la paz entre los colombianos. ¡Bendito sea el maíz, la Providencia hecha mazorcas! Digamos con el poeta antioqueño:

¡Salud, frisoles, mazamorra, arepat!

En mala hora la sugestión diabólica que corrompió la libertad, la santa libertad, y extrajo de ella el pernicioso fermento de la licencia o el libertinaje, aconsejó también a los aborígenes de nuestro territorio que sacasen del benéfico maíz la venenosa chicha: ¡Chicha y libertinaje: licores de muerte; al fin y al cabo invención diabólica!

¡Qué asociaciones de ideas traba y por cuántos vericuetos me ha llevado el prestigio de una palabrilla: *frisol*! ¿Y habrá aún quien diga que no sirve la lingüística? No me es lícito fastidiaros más, y por eso no me detengo en otras ni en la historia de locuciones populares nuestras, que deben estudiarse con el criterio dominante en los libros del nuevo colega.

Me parece oír ya los reparos que de fuera de este ilustre recinto y auditorio se hacen a lo que voy diciendo. ¿No hay demasiados libros de gramática y de literatura en Colombia? ¿No se ha dicho que hemos estudiado aquí más gramática de la necesaria, que somos un pueblo de gramáticos ociosos, que la demasiada literatura y metafísica nos perjudican, incapacitándonos para las cosas prácticas y de sustancia? ¿No sería mejor que en las "actuales circunstancias" del país y del mundo, en medio de esta "crisis" económica, se nos dieran en vez de libros de etimologías y de lenguas muertas, otros de lenguas vivas, buenos textos de contabilidad y teneduría de libros, tratados de comercio y estadística, disertaciones sobre economía política, *finanzas*, regímenes aduaneros y demás asuntos de "actualidad palpitante"?

Estoy muy conforme, desde luego, con que deben ser bienvenidos todos los libros que sobre estas urgentísimas materias se escriban, que ojalá sean muchos y excelentes por su fondo y por su forma; y muy aplaudidas cuantas diligencias se hagan para fomentar y extender entre nosotros tan útiles estudios, que bien cimentados y dirigidos son parte para la prosperidad de las naciones; y no seré yo el insensato que diga mal del arte precioso del comercio, respecto del cual suscribo sin reservas a los conceptos expresados por Bretón de los Herberos en esta octava, amiga de la memoria:

Aun fuera el hombre indómita alimaña
y el orbe entero enmarañada selva;
aun no sabría el morador de España
que hay en Europa un Támesis y un Elba;
¿qué digo? aun al gallego fuera extraña
la playa de Alicante y la de Huelva,
sin el arte benéfico ¡no es broma!
que estriba en dos vocablos: "daca y toma".

Soy, pues, declarado amigo del comercio y de los comerciantes; pero por lo mismo que lo soy, por lo mismo que deseo con todo empeño el fomento de los estudios cuyo fin y blanco es la explotación de nuestras riquezas, por lo mismo que soy decidido patrocinador de las artes útiles, por eso mismo deseo que nos entendamos, que negociemos en palabras breves, precisas y significantes, como se dice en el prólogo del *Quijote*; y todo ese bien entendernos es cuidado y oficio de la gramática y de la literatura. Nada pierden sino ganan mucho en claridad y agrado los textos de economía política, los tratados de hacienda pública, las disertaciones y alegatos sobre asuntos internacionales, sobre intereses de la agricultura y el comercio, con ir escritos en castizo y elegante castellano, como los escribió Jovellanos, como los han escrito entre nosotros Felipe Zapata y Santiago Pérez, José Ignacio Escobar y Marco Fidel Suárez, con honor y provecho para la patria. Bien hablar es consecuencia de un principio de orden que nos abre el camino del bien pensar.

Mantener el idioma en su vigor y pureza es velar por la unidad nacional y por la buena inteligencia entre las naciones dignas de la común historia.

Lo que nos daña no es, pues, la mucha gramática sino la mala gramática, la *gramática parda*, como el mal pan y la mala carne. Los detractores de la gramática son los que no lograron o no quisieron aprenderla. Ni en justicia podemos imputar ninguna de nuestras deficiencias o malas suertes a la literatura, sino a la mala literatura, a la que se improvisa y huye del estudio, a la que reniega de las buenas tradiciones y desprecia sin conocerlos a los grandes maestros del gusto y del habla, y toma por distintivo del genio el disparatar.

Mantengámonos fieles a todo lo bueno que hemos sido.

Colombia está amasada con gramática y con poesía; poesía y gramática lleva en la masa de la sangre, y por eso es Atenas; lo que no la ha hecho incapaz de producir naturalistas como Caldas y Zea y Triana; matemáticos como Garavito y Ferreira y Nieto París; médicos como Manrique, Gómez y Osorio.

No queramos formar los especialistas antes de educar a los hombres. Estudiemos bien la gramática y la literatura, que son la base insustituible de todos los buenos estudios: *humaniores litterae*. Aprovechémonos de los libros del padre Restrepo.

Si yo tuviera autoridad propondría que se fundase en Bogotá una cátedra de Cervantes, como las hay en Italia para explicar al Dante y en Alemania para explicar a Goethe; y propondría también que en alguna de nuestras facultades o colegios mayores se estableciesen sin pérdida de tiempo cátedras superiores de lenguas y literaturas griega y latina. Los catedráticos se sientan entre nosotros; los tenemos a la vista.

Cumplo con regocijo el encargo de la Academia Colombiana de presentar el saludo de bienvenida al eximio lingüista que con tan claros títulos sucede en la silla académica al autor de los *Estudios gramaticales*. Tuve la buena suerte, y ese es uno de los más hondos y mejores recuerdos de mi vida, de asistir, siendo yo apenas adolescente, al acto solemne en que, con ocasión del centenario de Bello, la Academia Colombiana, presidida por Marroquín, y de que eran vocales Caro y Cuervo, Núñez y Arboleda, Pérez y Zapata, González Manrique y Guzmán, Pombo y Ortíz, Caicedo Rojas y Martínez Silva, premió con palmas de oro al entonces desconocido pero ya sabio estudiante Marco Fidel Suárez, a quien yo vi levantarse de una de las galerías para ir a recibir el premio, y oí pronunciar las modestas palabras que modestamente ha repetido el recipiendario de esta noche.

Saludo en él al digno heredero de un apellido ilustre, y consagro un recuerdo de veneración cariñosa al doctor Juan Pablo Restrepo, mi profesor en la asignatura de derecho penal y en la de derecho español, en mala hora eliminada del plan universitario, como si ella no tuviera entre sus objetos el estudio de monumentos legislativos tan portentosos como los poemas de piedra elaborados por la fe de los siglos medios. Era el doctor Restrepo un ejemplar perfecto del Catón cristiano; varón integérrimo, de absoluta sinceridad, de patriarcal sencillez, de valor sereno inquebrantable, lo mismo en la vida pública que en la privada. Doctísimo en historia y en ciencias jurídi-

cas y matemáticas, las explicaba con suma claridad y escribía sobre ellas con honrada llaneza. Fueron fruto de su laboriosidad ejemplar libros muy apreciables, entre ellos el ricamente documentado que lleva por título *La Iglesia y el Estado en Colombia*. Consejero de Estado y profesor en varios institutos públicos, nunca fue posible acabar con él que recibiese la dotación correspondiente a sus cátedras, por parecerle, a pesar de expresa excepción de la ley, que conforme a precepto constitucional no debía recibir dos sueldos del tesoro público. Puntualísimo en el desempeño de aquéllas, sabíamos sus discípulos que, lloviese o tronase o se deshiciese el orbe en pedazos, aquel profesor sin asuetos, aquel varón justo y tenaz, llegaba puntualmente a su clase al golpe de las tres, siempre con su severa levita y sombrero de pelo y remolineando distraídamente el indispensable paraguas o con él chorreando lluvia, como sucedía cuando las lloviznas de mayo o los aguaceros de octubre. Por efecto de laboriosas vigiliass y madrugada, el sueño solía acometerle en mitad de la clase, y él se despabilaba azorado y frotándose la venerable barba, y enfadándose consigo mismo nos pedía perdón por aquella falta en el cumplimiento de sus deberes. Un día, que por cierto no era lluvioso, ¡inaudito acontecimiento!, faltó a clase el doctor Restrepo. Un maleante condiscípulo exclamó sorprendido: ¡Ya empieza a modernizarse don Juan Pablo! En la media noche antes de aquel día había muerto santamente la esposa de nuestro profesor, el cual madrugó a comulgar como de costumbre, acompañó hasta la última morada a la que había sido su digna y amadísima compañera, volvió a casa, tomó sus expedientes y con ellos debajo del brazo se encaminó a su despacho de consejero. Por el camino se encontró con varios de sus colegas y amigos que iban a visitarle de pésame, y él les dio las gracias y les dijo: me voy, porque tengo trabajito atrasado en el Consejo de Estado. Esa tarde, al golpe de las tres, fue y siguió explicándonos las leyes de la Partida. Llegada la última enfermedad, desde el lecho de muerte pidió perdón públicamente por la prensa a las personas a quienes hubiese ofendido, y declaró no recordar haber recibido ofensa de nadie, y, para caso contrario, perdonar de todo corazón. Así murió el padre de nuestro académico.

Permitidme, señores, un poco de recuerdos, que en el ocaso de la vida son necesaria expansión del alma.

Recordar es vivir: paternos lares,
sueños de amor, quiméricos anhelos,
rápidos goces, íntimos pesares...

Así repetíamos allá, cuando el sentido común y el sentimiento, el ritmo y la rima no andaban proscritos de la literatura. Recordar es vivir. Todo pasa, todo se cambia; el padre Restrepo, maestro de la lengua de Homero, tiene derecho de decirlo y lo dice en griego: *Panta rhei*. Todo cambia; pero queda el recuerdo, el recuerdo, que en la filosofía del corazón es argumento de esperanza y natural indicio de eterna supervivencia. Seguimos amando a los que se nos fueron por-

que estamos irresistiblemente ciertos de que ellos siguen amándonos en el seno de Dios. Por eso gozamos tanto en recordarlos, en honrar su memoria, en orar por ellos, en renovar las flores sobre sus tumbas. Tal es el divino instinto de la inmortalidad, al que con la enseñanza incontrastable y consoladora de la fe dio la más sublime expresión aquel hombre de pequeña estatura, débil al parecer, de ojos relampagueantes de inspiración, aquel mismo Pablo de Tarso que un día anunció en medio del areópago de Atenas al *Dios desconocido*, y que en nombre suyo enseñó que los que han muerto duermen, que este cuerpo deleznable y perecedero resurgirá glorioso, que no hemos de llorar por nuestros muertos como los que no tienen esperanza; y que, por fin, en nombre del Dios resucitado un día dijo a la muerte: ¿dónde está tu victoria?

Ved, señores, a dónde me llevan las muchas coincidencias que hay para mí en la presente solemnidad, también inolvidable.

Con emoción del alma doy el primer abrazo al jesuíta maestro y amigo que una vez siendo él niño y yo mozo, estuvo en vísperas de ser mi discípulo, y a cuyas lecciones asistiría yo de muy buena gana los años que me resten de vida, no sin decir antes al catedrático, en leal castellano y a la manera latina: padre y ahijado mío: vengo a tus aulas volviéndome niño como eras tú hace treinta y cuatro años, y haciéndome todo oídos, ansioso de aprender de ti algo de lo mucho que tú sabes y yo hubiera querido enseñarte para contribuir contigo de alguna manera a glorificar a Dios y enaltecer a nuestra madre Colombia.